

da en tiempos bien cercanos á los nuestros, y aun restaurada en el siglo xvii, según persuaden el acento y el carácter expresivo de algunos de sus detalles,—la decoración de la indicada techumbre toma origen en abierto elipsóide, que figura en el centro del artesón lleno de geométrica obra de lacería, en cuyos vanos ó casetones destacan, al parecer en relieve, doradas flores, que son los detalles á que antes aludíamos.

Derivadas de los lazos desarrollados con vario matiz en el central elipsóide, y unidas á ellos, giran en perfecta combinación hermosas estrellas de lazo, de ocho puntas, pintadas de azul y fileteadas de oro, resaltando sobre fondo rojo, en que descuella una flor dorada en el centro de los enlaces, vanos ó casetones. Grandiosa y magnífica, la techumbre, achaflanada convenientemente en los ángulos, y cuyas pechinas ofrecen labor igual á la mencionada,—muéstrase soportada por moldurada escocia y dorados canecillos, que descansa sobre acasetonado friso, cubierto de labores posteriores. El estado en que se ofrece, clara y evidente demostración es de que la mano de los restauradores, procediendo en esta parte con verdadero y loable acierto, ha procurado devolver á aquel monumento, digno de toda estima, la fisonomía que ostentó en otros tiempos, probablemente aquellos en que el duque de Medinasidonia despojaba de sus estados de Lepe, la Redondela y Ayamonte á su tío don Alonso de Guzmán, según dejamos consignado, apoderándose de ellos, para cederles después á la casa de Béjar en determinadas condiciones. Obra de artífices mudejares, manifiesta es en ella la influencia ejercida por el estilo que á la sazón había logrado en los aposentos encantados de la Alhambra, dejar ejecutoriada su grandeza, razón por la cual, á nuestro juicio, no puede estimarse sino fruto de la xv.^a centuria, época en la cual pudo muy bien ser edificado el templo, acaso sobre los restos de antigua mezquita, pues por ninguna parte aparecen huellas del estilo ojival, y por el contrario la estructura de la fábrica concierda con la de los edificios religiosos de los musulimes, en lo que, repetimos, guar-

da muy estrechas analogías, así con las dos iglesias de Niebla, como con la parroquia matriz de San Pedro, ya citada, en la antigua *Onuba Aestuaria* de los romanos.

De cualquier modo no obstante que se estime este interesante monumento, el cual habla muy alto en pro de la cultura de Ayamonte antes y después de su rescate definitivo por el desventurado Sancho II de Portugal en 1240,—de acuerdo con la enseñanza que se desprende de otros con los que se honra aquella ciudad del Guadiana, suficiente prueba son para acreditar que al realizarse aquel acontecimiento memorable, respecto de población cuyo nombre no ha merecido ser siquiera consignado por los historiadores arábigos, la mayor parte de sus habitantes musulimes hubieron de permanecer en concepto de vasallos mudejares en la villa, no sólo conservando religiosamente sus tradiciones artísticas, sino acaudalándolas y enriqueciéndolas á porfía con las influencias que de Granada llegaban hasta allí, como recuerdo de la perdida patria. Ocasión tendremos adelante de volver sobre este punto, y prescindiendo por tanto de otras consideraciones en el momento presente, no habremos de abandonar el interesante y hermoso templo parroquial de *Nuestra Señora de las Angustias*, sin fijar la mirada en el retablo mayor, de buena traza, con seis cuadros de relieve y que aun restaurado, pintado y cubierto de oro, parece conservar las tradiciones del siglo xvi, en época en la cual la iglesia toda debió ser sometida á notables reformas y reparos, resultando en consecuencia, por el conjunto del edificio, que Ayamonte hubo de ser y fué población no falta de importancia, y muy superior sin disputa á la que en el mismo tiempo obtenía de sus señores la ciudad de Huelva, pues no existe en esta última ciudad monumento alguno que pueda ser á la *Parroquia de las Angustias* comparado.

Las calles que hubimos de cruzar para salir á la de *Cristóbal Colón*, que se tiende paralela al Guadiana, alegres, aseadas, con caserío de buen aspecto y multitud de tiendas de diversa

categoría,—no sólo no contradijeron, sino antes bien afirmaron triunfalmente el juicio que la noche de nuestra llegada á Ayamonte habíamos formado; y aunque no exista en realidad edificio alguno civil de sobresaliente mérito ni valor artísticos, ya de tiempos modernos, ya de antiguos,—nótase sin embargo, en el ir y venir de las gentes, que es esta ciudad, ciudad de vida propia, y que sus habitantes, consagrados al tráfico marítimo, tanto como á la pesca, cultivando principalmente la industria en salazones, procuran emular no sin fruto á la capital de la provincia, aspirando á competir con ella, por más que sea superior Ayamonte por sus monumentos á la modernísima ciudad del Odiél, conforme habremos de ir desapasionadamente reparando. De humilde apariencia, pero guardando acaso en su interior reliquias estimables, hállase en la mencionada *calle de Cristóbal Colón* el *Convento de monjas de Santa Clara*, en cuya fachada, limpia de exorno y de vulgar fisonomía, resalta peregrino labreado ajiméz, que es fruto de la XVI.^a centuria, y que sorprende en aquel sitio mostrándose compuesto de dos arquillos gemelos soportados al centro por finísimo partelúz, y á los extremos por columnillas abalaustradas, mientras recorren con gallardía resaltadas cardinas la periferia, que termina en cierta especie de conopio. Movidos por la curiosidad, penetramos en la reducida iglesia, que ha sido por evidente modo objeto de grandes reformas, y que es pobre, sin conservar ya nada de notable, á excepción de hermoso colgante de tradición mudejár que pende lastimosamente enalado de la clave de la bóveda en la capilla mayor del referido templo.

Más adelante, y siguiendo siempre en sentido paralelo al río, que se tiende anchuroso y con verdadera majestad en su cauce,—en la *calle de Guadiana*, como resto de la grandeza de los tiempos medios, descúbrese una portada, cuadrada ya, aunque de tradición ojival, con revueltas cardinas por capiteles, salientes molduras que constituyen el marco ó encuadramiento, y entre ellas, recorriendo la periferia, resaltadas flores, dando así indi-

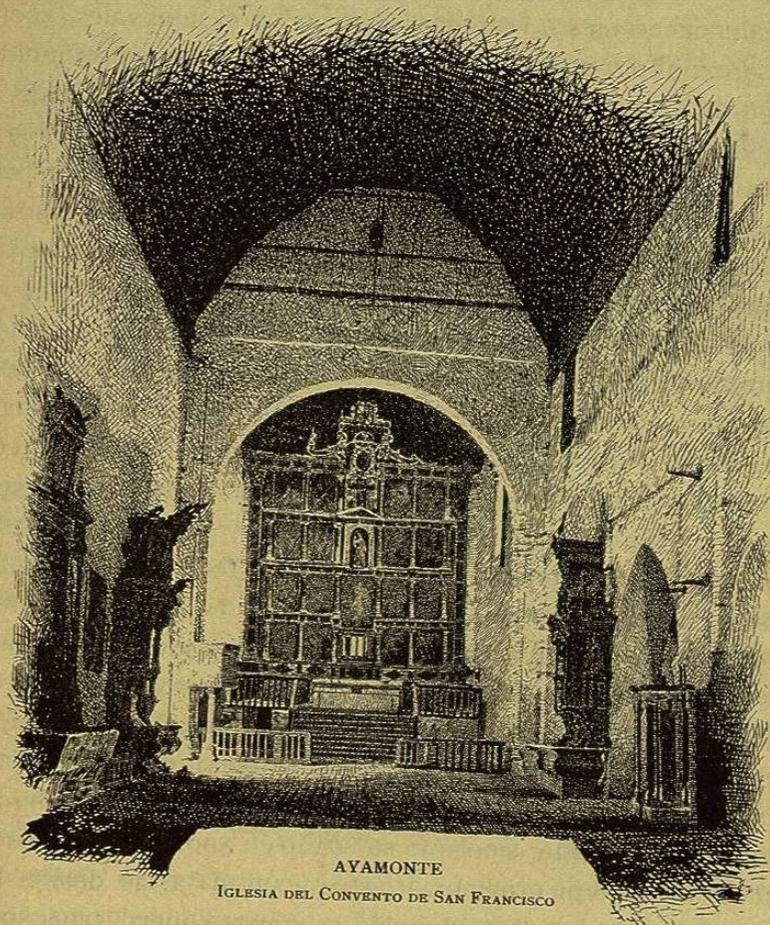
cio de que en el siglo XVI, á que visiblemente corresponde, todavía, en medio de las nuevas influencias artísticas por las cuales debía cambiar y cambiaba la fisonomía de la arquitectura principalmente, en estas regiones extremas de nuestra España, vivían las tradiciones del anterior estilo, con brío suficiente para imponer su sello, produciendo y engendrando género híbrido y sin semejante en otras comarcas de la Península. No es este sin embargo, el único resto por el cual se acredita la indicación propuesta, pues por toda la ciudad no es extraño espectáculo el de otras portadas de igual género y de parecida especie, en las que concurren idénticas circunstancias, corroborando el supuesto y dándole todos los caracteres de legitimidad apetecibles.

Desemboca la *calle de Guadiana* en nada hermosa plaza, cuyo costado occidental cae sobre el río, y donde crecen no con gran arte dispuestos ni mayor lozanía, algunos árboles; denominada *de San Francisco*, dicha plaza recibe nombre del derruido convento que forma su límite oriental, y que Rodrigo Caro calificaba de «muy bueno», circunstancia que no es dable comprobar ciertamente y por desgracia, en la situación lastimosa en que se ofrece. Cerrada y casi sin culto, la iglesia ha sido felizmente conservada, guardando sus llaves el sacristán de la *Parroquia del Salvador*, á quien hay que recurrir, para que facilite el ingreso, bien que al exterior, y desde la *Plaza*, no brinde interés alguno por su aspecto; conformándose con la forma general y propia en esta provincia, en pos de la portada exterior, de greco-romana insignificancia, hácese estrecho y entrelargo patio, y al frente, pintada de ocre, se muestra la portada principal de la iglesia, también de aspecto híbrido, y en la cual aparecen confundidas y como hermanadas tradiciones é influencias ojivales y del Renacimiento, dando origen así á singular conjunto, que resultaría incalificable, si no salvaran el inconveniente el reconocimiento y la filiación determinados de cada uno de los elementos que entran en la composición de aquel interesante miembro del edificio.

De arco de medio punto, hállase encuadrada la portada referida por dos festones, rectangulares y delgados, que parten ó arrancan á la altura de los hombros del arco, y se levantan para recibir, á modo de cornisón, volada moldura que los recoge y ata, guardando en esto íntegras las tradiciones ojivales; completamente desornadas las enjutas, apoya el arco sobre moldurada y saliente labor, á la manera del Renacimiento, bajo la cual, y entre dos baquetones, resaltan hojas de relieve, dos á dos enlazadas, en medallones circulares con una punta de diamante al medio, correspondiendo por lo demás las pilastras y las basas, con apometados exornos, á los días de los Reyes Católicos, á cuya época, sin duda alguna hace semblante de corresponder toda entera la portada, labrada en piedra, y no en mal estado de conservación todavía. No es éste, sin embargo del interés que en la comarca de Huelva tiene semejante manifestación artística, el único título por el cual hubo de merecer sin duda al docto Caro el edificio, ya que el Convento no existe por desgracia, el dictado «de muy bueno», según dijimos, hallando plena confirmación de él, cuando traspuesto el arco, se penetra en el recinto de la iglesia, de aspecto distinto y de fisonomía especial, con relación á cuantas en la provincia llevamos examinadas y reconocidas.

Y con efecto: produciendo singular impresión, en que, al primer impulso, permanecen ocultas las bellezas que atesora; con los altos muros sucios y llenos de desconchados y los ángulos festoneados por negras telarañas; dando el polvo relieve extraño á los abombamientos, á las depresiones y á las desigualdades de la cal, hace años extendida en capas superpuestas sobre la fábrica; polvorientos los barrocos retablos, y el conjunto lleno de mortal tristeza, y acusando muy doloroso abandono,—de una sola y ancha y larga nave aparece formada la iglesia, á cuyos pies y tendidos en dirección contraria al desarrollo de la misma, se abren para soportar el coro dos series paralelas de arcos peraltados, sustentados por finas columnas sin basa, que

traen por esto á la memoria, involuntariamente, las de las naves de la Catedral cordobesa. Tres son las secciones ó cuerpos que se reparten la longitud del templo, y cada uno con dimensiones



AYAMONTE
IGLESIA DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

diferentes: el ingreso, sobre el cual insiste el coro, la iglesia propiamente dicha, que es el cuerpo central y mayor, y por último, el presbiterio á que da paso, volteando no sin elegancia el arco toral, de medio punto, aunque resulta peraltado por lo abierto de su curva. Como apéndice del templo, al lado de la epístola, que es el del mediodía, tiéndese en la longitud que

comprenden el ingreso y el cuerpo central, otra nave, de menores dimensiones por tanto y de mucha menor altura, pavimentada de ladrillo, como la primera y principal, y que no se percibe al entrar en la iglesia, porque con ella no tiene al presente sino tres comunicaciones ó entradas, abiertas en el muro.

Lo extraño y aun incoherente de aquel monumento, compuesto de esta suerte,—antes de entrar en otro linaje de consideraciones con que el templo de *San Francisco* brinda,—hace pensar desde luego en que la obra, tal como se manifiesta, no es á la verdad sino mera reforma ó adaptación de un edificio, de índole quizás diversa, para ser utilizado como templo. No sucede con él, en realidad, ni lo que con la suntuosa *Parroquia de Nuestra Señora de las Angustias*, en la propia Ayamonte, ni lo que con la de *San Pedro* en Huelva, ni lo que con las de *San Martín* y *Santa María de la Granada* en Niebla: en todas éstas, á través de las reformas y trastornos que han experimentado, ya labradas primitivamente para mezquitas, según ocurre con las de *San Pedro*, *San Martín* y *Santa María de la Granada*, ya para templo cristiano, cual todo hace presumir respecto de las *Angustias*, al primer golpe de vista se sorprende la unidad superior á que en su concepción y desarrollo estuvo subordinada la erección de la fábrica; pero en ésta del demolido convento de *San Francisco*, todo hace semblante de acreditar y todo proclama sin género alguno de duda por el contrario, que allí no se construyó el templo de una vez y con propósito deliberado, sino que se utilizó lo ya existente, acomodándolo con mayor ó menor acierto y con mayor ó menor arte á las necesidades de la comunidad religiosa á quien pertenecía, y de que eran patronos, como habían sido fundadores, los antiguos señores de la villa.

Si bien por el aspecto de los arcos peraltados, y por los recuerdos que evocan, la sección ó cuerpo del ingreso correspondiente al coro podría ser estimada como obra de cierta antigüedad, tanto más, cuanto que en su conjunto resplandecen notorias

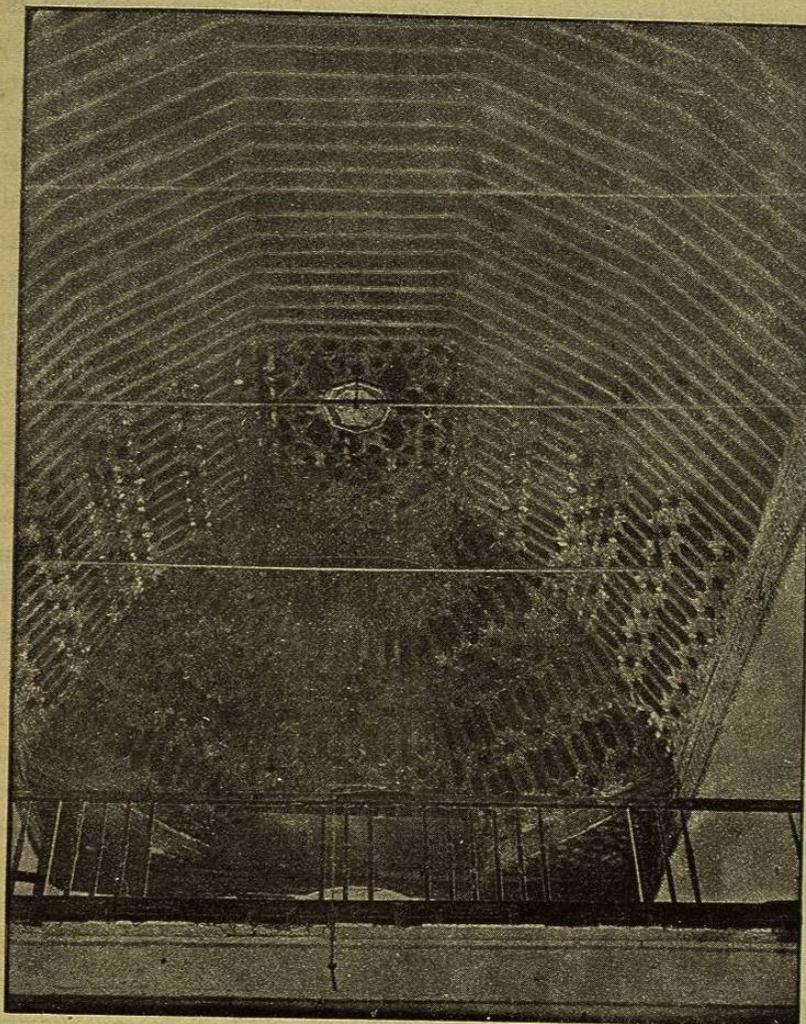
influencias del mudejarismo,—á juzgar por el carácter de los capiteles que coronan las cuatro elegantes columnas por las cuales se hallan soportados los tres desiguales arcos de cada una de las dos series paralelas, tendidas, según arriba manifestamos, en el sentido de la latitud del templo, no es lícito á lo que entendemos apreciar su labra sino como referible á la XVI.^a centuria, y como agregado y reforma posterior á la principal que hubo de cambiar la fisonomía del edificio primitivo. En los machones del arco central inmediato á la entrada, y por la parte interior, bajo la cal parece descubrirse algunas letras, no inteligibles por desgracia, como acusando allí la existencia acaso de epígrafes, utilizados en la construcción, y quizás procedentes de la reformada fábrica, cuya lectura podría ofrecer interés histórico; pero que permanecen mudos en la disposición lastimosa con que en la actualidad se muestran.

Desornado en toda su altura, así como en su longitud, aparece en el muro del evangelio el cuerpo principal y mayor de la iglesia, conservando no obstante, adosados á él, dos retablos barrocos, no indignos de estima por lo que representan y significan con relación al barroquismo en general, dentro de la historia del arte, y algún que otro cuadro, discretamente velado por densa capa de blanquecino polvo. En cambio, en el muro opuesto, que es el de la epístola, guardando intactas las tradiciones mudejares, con su *arrabaâ* perfectamente señalado y su macizo aspecto, se señalan diversos arcos, apuntados como los de la iglesia de *San Martín* de Niebla la mayor parte de ellos, y conopial el inmediato á la capilla mayor ó presbiterio, dos de los primeros practicables, y dando acceso á la nave menor accesoria, tapiados los demás, y abierto el que ostenta el sello de la era ojival en su estructura. Desornado en este muro el resto del paramento, que únicamente accidentan las desigualdades con que la cal ha sido allí extendida,—muestra en la parte superior escasos, pequeños y cuadrados ventanales, que dan luz al templo, tendiéndose en pos el hermoso artesón de la techumbre,

que reclama por sí solo la atención y el interés más vivo, á causa de su importancia indisputable.

Proclamando, desde el extremo occidental en que se abre la portada de ingreso, hasta el extremo oriental, con inclusión de la capilla mayor citada,—haber sido en su origen un solo y único cuerpo aquel espacio que se reparten, cual indicamos, el tramo de los arcos peraltados, cortándole en su latitud, el tramo central, donde adosados se hallan á los muros algunos polvorientos y mutilados altares, y por último el tramo de la capilla mayor referida,—el artesón, en sus varios planos se dilata sombrío de uno al otro extremo, levantándose elegante sobre dos frisos de distinta anchura, pero igualmente decorados, en los cuales, y por cima de la fingida flocadura que á modo de menuda guarnición se desprende del más inferior de ellos, resaltan á intervalos regulares, ya entalladas estrellas, semejantes á las que figuran en ladrillo como el zócalo del ajimez mudejár de la *calle del Puerto* en Huelva, y que no son sino emblema de la orden religiosa á que perteneci6 aquella casa de religi6n, ya otros exornos que no es dado distinguir con exactitud á causa de la altura, del color de la madera, de la escasez de la luz y de la imposibilidad de subir al coro despu6s de la demolici6n del Convento. Constituyendo propiamente el *arrocabe*, 6 collar, que rodea y guarnece la parte superior de los muros, y que se conforma en su desarrollo con la disposici6n rectangular de aquellos,—recibe los pares de la techumbre, acanalados en los extremos, como recibe la delicada obra de ensamblaje que se finge en los faldones de las cabeceras del artes6n, correspondiendo 6stas á la capilla mayor y al coro respectivamente, y los pares al cuerpo central de la iglesia.

De cinco cascos 6 faldones, las indicadas cabeceras guardan a6n, hasta en sus pechinas 6 *aloharias*, huellas de la decoraci6n pict6rica que hubo de enriquecerlas; y formando hasta seis 6rdenes de estrellas 6 de constelaciones que podrían llamarse, las cuales giran regularmente en sentido horizontal á trav6s de los



AYAMONTE.—ARTESONADO MUDEJÁR DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO

faldones mencionados,—vienen éstos á insertar en la pieza central, donde en peregrina combinación de lazos, un tiempo coloridos, resalta el cuartelado blasón de los fundadores, con su orla de castillos y leones y sus dragantes, en cuarteles contrapuestos. Interrumpiendo y cortando el artesón, que á pesar de su magnitud no tuvo tirantas, porque las de hierro que hoy le contienen son modernas,—el arco toral, dijimos, se levanta airoso y algo peraltado, inscripto en su correspondiente *arrabaâ* que debió ostentar exornos, borrados y desaparecidos bajo la cal, pero cuya huella parece distinguirse á pesar de todo; apóyase en haces de columnillas ó junquillos ojivales de fines del siglo xv, uno de los cuales tiene alguna labor hasta cierta altura, sucediendo en pos la capilla mayor, á la cual da acceso ancha gradería: ocupa el retablo todo el frente, de uno á otro de los muros laterales, llegando hasta las pechinas del artesón, y excediendo de ellas su coronamiento y remate. Es de buena tradición en su traza, y consta de cuatro cuerpos de igual orden arquitectónico, pareciendo ser obra de fines de la XVI.^a centuria; no carece de lienzos apreciables, sobre todo el central de la Virgen, y la imagen en talla de San Francisco, no se ofrece desprovista con verdad de mérito.

La nave accesoria del lado de la epístola, sólo tiene de interesante la techumbre que es también de alfarge, aunque muy baja, y los arcos que desde la inmediata le abren paso; estuvo también primitivamente pintada, y hoy el estado de abandono en que se halla, inspira tristeza, como la inspira en general todo el templo, considerando la suerte que en aquella disposición le está reservada, si, siendo como es, por su rica techumbre, edificio que honra y enaltece la fama de la ciudad de Ayamonte, no acude en socorro suyo el Estado, procurando su conservación y evitando su indefectible ruina. No es para nosotros dudoso que este interesante monumento, por igual emparentado con la arquitectura y con la carpintería, es fruto del siglo xv, ó quizá más bien de fines del xiv, y manifestación expre-

siva y elocuente del prestigio que aún, después de cerca de dos siglos de hallarse sometidos á sus conquistadores, gozaban como constructores los alârifes mudejares en esta zona occidental y extrema de la Andalucía, acreditando por sí sola semejante circunstancia, comprobada en otros monumentos de la misma Ayamonte, como la techumbre de la capilla mayor de la *Parroquia de las Angustias*,—el hecho de que hubo de ser crecido el número de musulimes que permaneció en esta ciudad al ser rescatada por el portugués Sancho II en 1240, y que persistió en ella cuando Alfonso X el Sabio, el protector de los vasallos mudejares, recibía de los monarcas lusitanos la población con los Algarbes en 1253, bien que dejándola como aquéllos confiada á la orden militar de Santiago.

Prosiguiendo nuestra peregrinación, y abandonando el templo de *San Francisco*,—después de larga y empinada calle que trepa por la pendiente de la brecha fosilífera en cuya cima se halla el castillo de Ayamonte,—al paso que á uno y otro lado el desigual pero siempre encalado y resplandeciente caserío, parecía mostrar de vez en cuando al interior señas y vestigios de antigüedad, que proclamaba haber sido aquella la población primera,—como á la mitad de la calle, se levanta el edificio de la *Casa-cuna*, cuya iglesia pequeña y moderna no ofrece otro interés que el de poseer un cuadro, obra del inmortal Murillo, el cual fué robado y restituído luego, aunque en estado verdaderamente deplorable. Ya desde allí, se distinguía perfectamente la *Parroquia del Salvador*, en la cual, así como en *San Francisco*, el amor á lo blanco ha llegado al extremo de encalar las tejas de la cubierta, de suerte, que á no ser por lo templado del clima, por el sol brillante que llegaba á la mitad de su carrera, y por el cielo despejado y limpio, cualquiera que no conociese las costumbres de Ayamonte, habría juzgado que era aquella insólita blancura fruto de alguna gran nevada. Afortunadamente no era así; y si en el atrio de la *Parroquia de las Angustias*, por igual arte y con igual tesón encalado, tuvimos frío, por ser la hora